

*Mi agradecimiento a Carolina Sanín,
a Juan Gabriel Vásquez y a Sofía Malagón.*

Es ridículo no protegerse de la propia maldad, lo que es posible,
y hacerlo de la de los demás, lo que es imposible.

MARCO AURELIO

Nunca se puede regresar a nada. Pero hay que regresar para
saberlo.

CARLOS PUJOL

Nelson Mazuera, bajito y cincuentón, muy atildado y pulcro, guantes de gamuza color canela, cabellos planchados, rasgos indios, está jugando en la máquina del millón con expresión grave y concentrada. Suspende el juego para observar detenidamente al agente de policía Raúl Fuentes, que se encamina sin prisas hacia el mostrador. Con la mano enguantada Mazuera recupera la taza de café dejada sobre la máquina y bebe un sorbo con gesto exquisito, sin perder de vista al recién llegado.

—¿Dónde fue la famosa cita y a qué hora? —inquire Pardo.

—En el bar Aguado. Bar Finito Aguado, así se llama, lo juro. El dueño podía haberlo bautizado con su segundo apellido, o el de su mujer, o inventarse otro nombre. Pues no. La gente es que es la hostia, señor inspector.

—Sigue.

—Podrías consignar eso como una muestra singular del humor gallego...

—Sigue, joder.

En los bares de marineros, las fichas de dominó golpeando el mármol suenan distinto, con una frecuencia lenta, discontinua. Como si no se jugara, o como si los hombres lo hicieran dormidos y las fichas chapotearan en el mármol en vez de golpearlo. Una taberna como un túnel, perfumada de orujos y sombría. Cuatro parroquianos en una mesa, más allá otro hojeando un periódico, una joven de bellísimos ojos verdes anunciando catástrofes desde el televisor, y detrás del mostrador un viejo con gorra de marino y mandil fregando vasos. Las tres de la tarde, más o menos.

Raúl se planta frente al mostrador y habla en tono alto y claro:

—Una leche caliente y un orujo bien frío.

El tabernero se toca la visera de la gorra y le mira achicando los ojos un instante.

—¿El señor la quiere desnatada, entera o condensada, la leche?

—Lo pensaré mientras pruebo el orujo.

Mazuera llega a su lado y se encarama en el taburete. Cuando el tabernero les da la espalda, Raúl observa las manos enguantadas del colombiano sobre el mostrador, rodeando con delicada simetría de dedos la tacita de café.

—El señor Nelson Mazuera, supongo.

El hombrecito mira con recelo a su alrededor.

—Ojalá no me haya equivocado con usted —dice en tono confidencial—. Le voy a poner un as en la mano, agente, pero óigame esto: o me juega ahí mismo o esos hijueputa me queman antes de que nos demos cuenta.

El tabernero sirve la copa de orujo y Raúl espera que les vuelva la espalda.

—¿Por qué me ha escogido a mí?

—Yo sólo pacto con usted, no me fío de los *tombo*s de su brigada. Si averiguan que le estoy *sapeando* me puedo ir dando por muerto. Usted estuvo destinado en Bilbao hasta hace muy poco, ¿cierto? De modo que para los Tristán es casi un desconocido...

—Lo dudo —dice Raúl—. He tropezado con los hermanos un par de veces. Accidentalmente, claro, pero seguro que el viejo lo considera un agravio. —Bebe la copita de un trago y le hace seña al tabernero para que le sirva otra—. Bueno, ¿cuál es su oferta?

—Aquí no.

Raúl espera a ver su copa otra vez llena, la coge y va tras el colombiano, que se encamina hacia una pequeña puerta al fondo del local. Ambos salen a la trasera del edificio. Un poco más allá están los muelles, se ven mástiles y grúas. El petardeo de un pesquero alejándose, chapoteo de aguas contra el muro. Nelson Mazuera se para al borde de la dársena.

—Óigame con cuidado, no tengo mucho tiempo. Hasta hace muy poco yo he llevado algunas cuentas de la familia, eso usted lo sabe... Pues tengo información muy valiosa, agente. Ésa es la oferta.

—¿Qué clase de información?

—Lavado de dinero, cosas así. Documentos que podrían llevar a Moncho Tristán ante el juez, y a sus hijos también. Pero ahora mismo mi situación en la familia es delicada. Yo estaría dispuesto a colaborar si me garantizan una salida.

Raúl está mirando al otro lado de la dársena. Unos segundos de reflexión.

—Dígame una cosa, Nelson —empieza con desgana—. ¿Por qué íbamos a hacer tratos con usted, el perro fiel de un mafioso que debería estar pudriéndose en la cárcel?

Nelson Mazuera chasquea la lengua, contrariado.

—Pero qué tipo tan jodido. Me estoy poniendo en sus manos y todavía no se fía. No me desilusione, señor Fuentes.

Raúl escruta los ojillos pesarosos del colombiano, fijamente, calibrando su sinceridad.

—Adelante, explíquese.

—Es una relación de pagos efectuados en Colombia. Nada que ver con la droga, por ese lado el viejo tiene las espaldas bien cubiertas. Pero hay otros asuntos, igual de lucrativos, que ustedes ni sospechan...

—¿Por ejemplo?

—Yo llevo dos años encargado de reclutar mujeres en Colombia —dice Mazuera—. El trabajo es en Pereira: las contrato, les doy papeles, las traigo a España, todo eso. Tengo guardadas las facturas, gastos de viaje y de alojamiento, contratos de trabajo falsos... Acabamos de liquidar el negocio, pero tengo que hacer otro viajecito para pagarle a la gente que hizo la limpieza. Y esta vez no pienso devolverme a España. Me voy a perder en el monte con mi mamá y mi novia y con toda la plata que me pueda llevar.

—¿Cree que Tristán le dejará irse de rositas?

—Llevo mucho tiempo preparándome. Tengo amigos en la guerrilla, ¿sí, me entiende? Y con los Tristán bien guardaditos aquí, los matones de allá despachados, este

pecho se va para la finca, una finquita bien escondida en un lugar seguro, y así puede que todo acabe bien... El corazón me lo dice, señor agente, el corazón me lo dice.

—Ya. ¿Quiere protección...

—Para nada.

—... o prefiere un buen entierro?

Mazuera le aguanta la broma mirándole con expresión entre irónica y dolida, la mano enguantada sosteniendo la taza de café frente a los labios y meneando la cabeza.

—Es malo no tomar leche, señor agente, la leche es buena para la bilis. Muy buena, sí señor. —Mira a Raúl con desconfianza, bebe un sorbito y añade—: Y todavía nadie me va a enterrar. A ver si me entiende: lo que quiero es que la orden del juez le llegue a Tristán y a sus hijos después de que yo me haya perdido con mi gente...

—Está bien. ¿Cuándo veré esos papeles?

El hombrecito saca un bloc y un bolígrafo y anota algo mientras dice:

—Mañana y pasado mañana voy a estar con mi novia en Barcelona. Si hay algún imprevisto, llámeme a este número. Si no, espere mi llamada... —De pronto parece pensarlo mejor y se guarda el bloc y el bolígrafo—. No, mejor no... Primero hable con su superior, y yo vuelvo el sábado para cerrar el trato. Ahora me tengo que ir. Otro día lo llamo. Mucho ojo, pues.

Da media vuelta y se aleja decidido, envarado y melindroso, en dirección a los muelles.

—Eso fue todo —dice Raúl—. No he vuelto a verle ni tengo medio de ponerme en contacto con él. Como ves, ese día no hice más que buenas obras.

Termina otra pajarita de papel y la deposita junto a la grabadora del inspector Pardo, que da por terminado el interrogatorio y pulsa el stop. Rodea la mesa y empieza a recoger sus papeles y los guarda en la cartera de mano, junto con la grabadora. Lo hace con escrupulosa precisión y lentitud, mientras Raúl, repantigado en la silla, pone los pies sobre la mesa y añade:

—Llevas torcido el nudo de la corbata, cariño...

Pardo estalla de ira, se inclina sobre el rostro de Raúl y vocifera:

—¡Cállate, Fuentes, cállate y ojalá revientes! ¡Tus buenas obras te llevarán a la puta calle, y no sabes cuánto me alegra! ¡A ese chico lo has enviado al hospital, lo has descerebrado, y como eres así de chulo y gilipollas ni siquiera te has parado a pensar en la mierda que te va a caer encima! ¡Pues bien, yo te lo diré...!

—Cálmate, hombre.

—El chaval le salió un poco gamberro al viejo Tristán, pero es la niña de sus ojos, y el día menos pensado alguno de sus sicarios te cortará los huevos... ¡Estás pringado, hermano! Teníamos que haberte apartado del servicio hace mucho tiempo.

—¿Has terminado?

—¡No! —Y después de una pausa añade—: Harás bien en irte lejos y esperar a ver qué hacemos contigo. ¿Entregaste la placa y la pistola?

Raúl, que en ningún momento ha perdido la calma desdeñosa, se levanta y simula el gesto para ayudarle a enfundarse el gabán, pero sólo el gesto. Con talante zumbón sacude unas motas de polvo en sus hombros y encima prueba a ajustarle el nudo de su corbata. Pardo le esquiva.

—Verás, te voy a contar algo —dice Raúl con la voz calma—. En esta Unidad llevamos mucho tiempo bregando para poner a esa gentuza ante el juez. Es posible que un funcionario tan quisquilloso y plasta como tú sea incapaz de entenderlo, pero —con el dedo le golpea el pecho subrayando las palabras— lo ú-ni-co en tu puto informe que de verdad debería interesar a los soplapollas de Régimen Interno es la oferta de ese colombiano que me citó en el puerto... ¿Lo has cogido? Operación Ámbar. ¿Te suena...? No confío mucho en la oferta de Nelson Mazuera, pero la cuestión sigue siendo la misma: ¿es prioritaria la Operación Ámbar o no lo es?

—Precisamente porque lo es, nunca debiste tocar a ese chico —dice Pardo—. En cualquier caso, ya nada de eso te compete, has sido relevado del servicio. ¿O no te has enterado?

Coge su cartera de mano y le vuelve la espalda, pero aún gira la cabeza para asegurarse que lo deja tocado, que está hundiéndose. El gran acorazado Fuentes a pique con todos sus cañones y banderas y noches de alcohol y desmanes. Ya está abriendo y cerrando cajones y archivadores con repentina violencia, comprobando su contenido y recogiendo algunas pertenencias, agenda, llaves, un portarretrato de su hermano, un cartón de cigarrillos, guardando todo en una bolsa de plástico.

—Y ese tal Nelson Mazuera —dice Pardo—, ¿ha vuelto a ponerse en contacto contigo?

—No.

—¿Crees que lo hará?

—No lo sé.

—Olvídalo. Después de tu hazaña, no querrá ni verte.

—Me importa un huevo.

—En cuanto a los Tristán... —Se dirige a la puerta—. ¿Quieres un consejo?

—Quiero que te vayas al carajo.

—Te lo daré de todos modos. —Antes de salir se vuelve y le apunta con el dedo—. Dondequiera que estés a partir de ahora, mantén los ojos bien abiertos.

Se aleja por entre las mesas de la sala de inspectores mientras llega María con los encargos cumplidos. Tejanos y jersey ceñido, delgada, pelo corto, sin maquillaje. Raúl siempre pensó, desde el primer servicio juntos, desde la primera noche, que la fría culata de la pistola no cabía en la palma de su mano de niña. Sigue recogiendo sus cosas y ella le observa unos segundos cruzada de brazos, la espalda apoyada en un archivador.

—Lo tienes todo en el coche.

Tira las llaves del coche de Raúl sobre la mesa. Él está sacando de un cajón una carpeta y un fajo de papeles junto con algunas revistas y recortes de diarios y lo tira todo al suelo. María coge la carpeta y la abre.

—¿Y esto?

—A la papelera.

—Hay cartas sin abrir. De tu casa...

—Tíralo —dice Raúl.

—Estaría feo... Son de tu madre.

—No es mi madre. Y tú no eres mi Pepito Grillo, así que deja de meterte donde no te llaman.

Le quita las cartas y la carpeta de las manos, lo rompe y lo tira a la papelera. Se queda mirando a María un segundo, como arrepintiéndose de lo dicho.

—Debes alegrarte de que me vaya. Te aconsejo que lo hagas. —Le da un cachete afectuoso, que ella esquiva—. Es una orden.

—En algunas cosas todavía mando yo.

Raúl cierra un archivador metálico con estrépito y abre otro, de cuyo fondo saca una botella de whisky mediada. Sujeta la botella bajo el sobaco, coge su gabardina de la percha, las llaves y otras pertenencias de sobre la mesa y al iniciar la salida se para ante ella.

—Te invito a una copa. Venga, la última.

María niega suavemente con la cabeza.

—Desde que te conozco no has hecho otra cosa que tomar la última. A ver cuándo será verdad.

Raúl la mira más de cerca y cambia de tono, como excusándose.

—Sabes que yo siempre voy a lo mío...

—¿Lo tuyo? Nunca supe qué es lo tuyo.

Pero sí lo sabe. Una casa junto al mar y un caballo. Se lo oyó decir alguna vez.

—Eres un cabrón.

—No te pongas sentimental, María.

—Me pongo como me da la gana. Eres un hijo de puta.

Eso quedó claro hace ya bastante tiempo, piensa él. Pero no lo dice, solamente ofrece una sonrisa triste y comprensiva, con toda la simpatía y la gratitud de que es capaz un poli que no suele gastar con los demás ni una cosa ni otra.

—Tienes casi diez horas de coche hasta Cataluña, si vas como debes —dice María—. No hagas el loco.

Raúl roza su mejilla con los dedos. El beso que no le da, antes de irse, y la mirada de ella que le rehúye lo acompañarán luego unos pocos kilómetros, muy pocos. De nada me arrepiento, de nada me desdigo. Con la botella de whisky en el sobaco y la gabardina doblada sobre el hombro, da media vuelta y cruza la sala de inspectores a buen paso. Dos o tres compañeros interrumpen el tecleto en los ordenadores, alargan la

mano y él las golpea en un gesto solidario de despedida, sin detenerse, sin una palabra, sin mirar atrás, hasta alcanzar la salida.

En la acera de Jefatura hay coches aparcados, y en la acera frontal hay un puesto de periódicos. La llovizna está empapando la espalda de un hombre robusto, con anorak de capucha, parado junto al puesto de periódicos. Parece estar leyendo algo expuesto en los flancos del quiosco.

Raúl sale de Jefatura, se dirige a uno de los coches, lo abre, deja lo que lleva en el asiento trasero y se sienta al volante. Arrecia la lluvia.

Al otro lado de la calle, la espalda fornida del hombre del anorak se desplaza ligeramente buscando cobijo bajo el alero del quiosco mientras anota en un pequeño bloc la matrícula del Renault.

Saliendo de Vigo en medio de una espesa niebla, mientras conduce, llama a casa con el móvil.

—¿Valentín...? ¿Eres tú?

—¿Raúl? —chirría la voz, y, tras una breve pausa—: ¿Qué ocurre?

—Hola, padre. Estoy en camino, llegaré a media tarde...

Un silencio.

—Así que te vienes para acá.

—Eso es.

—Ah. —La voz no deja entrever el menor interés—. ¿Qué pasa?

—Ya te contaré... Te oigo mal.

Otro silencio embarazoso y la voz remota y chirriante, electrificada, un remedo de la emoción que nunca asomó en el trato con él, compone la pregunta sin la menor entonación interrogativa:

—Sabes el montón de tiempo que hace que no llamabas...

—Más o menos.

—¿Por qué nunca has querido darnos un teléfono?

—Ya te lo dije, padre. Motivos de seguridad... ¿Cómo anda tu pierna?

—Aguanta.

—Y... ¿cómo está Olga? —¿O debería decir tu mujer?, piensa.

—En el picadero, trabajando. —Y después de otra pausa—: Iba a salir para allá, me pillas en casa de casualidad...

—Que se ponga mi hermano.

—Valentín no está. —Un viento envuelve la voz, se la lleva—. Llama más tarde. Si no está en casa, pásate por el picadero.

—Sí, hasta luego.

El taciturno y temerario regreso a la casa del padre. Menos de nueve horas al volante con tragos y furia en los ojos, apurando la velocidad al máximo por autovías relucientes bajo la llovizna, sin mirar por donde pasa, primero Orense y luego Burgos y más kilómetros y tragos de la botella y más no querer ver nada ni pensar en nada, salvo en el espejo negro del asfalto y en la lluvia cada vez mas pulverizada e invisible, hasta Zaragoza y después hasta Lérida. Mucho tráfico de camiones hacia el sur durante un largo trecho, entre roquedales y tierras yermas. Naves industriales en parajes desiertos, distantes, detrás de una húmeda calima contaminada, y, de pronto, pasado el peaje del Vendrell, aparece el mar de un azul clamoroso. Virando de nuevo hacia el norte, y obedeciendo, ahora sí, a un oscuro deseo de sentirse dentro del paisaje, abandona la autovía y enlaza con la C-243 bajo un estallido de plata en el cielo, un resplandor lívido que pugna por abrirse paso entre las nubes. Baja el cristal de la ventanilla. A un lado el mar embravecido y el graznido de gaviotas, y al otro, alternándose con tierras áridas y suaves desmontes, los viejos olivos renegridos, los almendros abandonados y los copiosos algarrobos. Estos sequedales siempre le han entristecido. Ya pronto estarás en casa. Deja atrás Vilanova y Sitges, y coge la botella de whisky y bebe a morro.

Desfilan a su derecha playas desiertas y zonas rocosas, batidas por el oleaje. Durante un trecho, observa a dos muchachos montando a pelo un brioso caballo negro a lo largo de la rompiente. Sobre los acantilados del Garraf, arroja la botella vacía por la ventanilla. Poco después avista Castelldefels, aminora la marcha y circula flanqueado por palmeras y pinedas. Ya estás en casa. Cámpings desiertos, instalaciones deportivas y pequeños hoteles cerrados. La resignada voz de su padre, como si la oyera: Se trabaja poco, estamos fuera de temporada. En efecto, muchos chalets y bloques de casitas pareadas parecen deshabitadas. La gasolinera, el centro comercial, algún chiringuito solitario. Hay poca animación, una sensación de invierno prolongándose más de la cuenta en toda la zona costera.

Un poco más allá, el paisaje se hace rocoso y agreste y menos poblado. El coche deja atrás un viejo y solitario edificio con persianas verdes en las ventanas y un vistoso rótulo de neón rojo en la fachada, que también se exhibe al borde de la autovía:

LOLITA'S CLUB
Bar Musical